

do en fin á Dios, se destruyó todo, leyes, sociedad, el hombre mismo.

Después de una experiencia tan decisiva, no creo haya quien se atreva á poner en duda el extremado influjo de las doctrinas en la sociedad, ni suponer que pueda haber algunas que sean indiferentes para ella. Mas si no se quiere creer á la experiencia, créase á lo menos á la filosofía. ¿No se autorizaba ella poco ha para acreditar sus errores, que llamaba verdades, con la relacion íntima é inseparable que hay entre la creencia y las acciones, entre la felicidad ó desgracia del género humano y las opiniones dominantes? Por el espacio de cincuenta años no ha cesado de repetirnos esta máxima; y las pruebas de hecho con que ha querido últimamente apoyarla, la han demostrado hasta la evidencia aun para los mas ciegos.

Bastaría, pues, saber que no hay doctrina alguna indiferente para la sociedad, para concluir que la indiferencia es opuesta á la naturaleza del hombre, que es esencialmente sociable. Sin embargo, sin insistir en una consecuencia, cuya legitimidad y exatitud acaso no será conocida de todos, trataremos de manifestar esta verdad por otro camino.

« Se puede definir la indiferencia absoluta la extincion » de todo sentimiento de amor y de odio en la voluntad, » en razon de la falta de todo juicio y de toda creencia en » el entendimiento. » Juzgar y creer, amar y aborrecer, son actos inherentes á la naturaleza de los seres inteligentes y racionales; este es su modo esencial de existir; despojarlos de él, sería aniquilarlos. Quitad el deseo ó el amor, y destruis la voluntad; quitad la conviccion ó la fe (entendiendo por esta palabra la acquiescencia¹ ó conformidad de la razon á una verdad real ó presunta), y destruis

¹ S. M. parece confundir aquí el acto con la potencia, pero nosotros los debemos distinguir; entiéndase no precisamente la actual y de hecho, sino la facultad ó poder de adherir ó asentir á la verdad, etc., porque ser inteligente es, no solo el que actualmente y de hecho piensa, sino el que tiene la facultad y poder de pensar, juzgar, etc., de otra suerte diríamos que la esencia del alma está en el pensamiento, y el hombre dormido no sería ser racional é inteligente: lo mismo debe entenderse del deseo.

el entendimiento; porque ser inteligente es juzgar, es pronunciar que son buenos ó malos, que hay bien ó mal, verdad ó error en los objetos ó en las ideas que el alma considera. Nuestra razon puede sin duda engañarse porque es finita, limitada; es decir, imperfecta, y mil causas extrañas concurren tambien á turbarla: juzga mal, porque no ve mas que una parte de lo que debería ver para juzgar bien, ó no lo ve sino entre sombras que lo obscurecen: sin embargo, aun entonces no queda indiferente, necesariamente juzga segun lo que percibe ó cree percibir.

Es cierto que cuando libres de toda preocupacion, reconocemos que no estamos suficientemente instruidos, tenemos la facultad de suspender el juicio; pero esto mismo es un juicio de otra especie, ó sea declaracion de una verdad claramente conocida; á saber, de nuestra ignorancia, ó invencible ó voluntaria. En este caso, la indiferencia es no solo posible sino inevitable; porque ¿cómo se ha de amar ni aborrecer lo que no se conoce? Sin embargo, esta indiferencia parcial ó relativa no es la destruccion de la inteligencia, como lo es la indiferencia absoluta: es únicamente el estado penoso y aflictivo de su limitacion natural, ó de los límites arbitrarios que le prescribe una voluntad débil ó corrompida; y la indiferencia, considerada bajo este último respecto, vuelve al dominio de la moral; porque cuando depende de nosotros el conocer, puede ser un delito, y delito gravísimo, permanecer indiferentes.

Por lo demás, la indiferencia, de cualquiera clase que sea, solo es propia para humillarnos, pues siempre resulta de la falta de conocimientos, ó de imperfeccion del entendimiento. Y ¿qué gloria puede resultar á una criatura racional de una ignorancia que la degrada? Supongamos que esta ignorancia va siempre en aumento, la indiferencia crecerá proporcionalmente, y se llegará á un mismo tiempo á una total indiferencia, y á un idiotismo absoluto.

Para que el hombre fuese indiferente sobre aquello que conoce, sería necesario que hubiese alguna cosa indiferente en él mismo: « mas yo no temo asegurar, dice uno » de nuestros escritores mas profundos, no temo afirmar » que nada se halla de este género, nada hay indiferente

» ni en la naturaleza, ni en las leyes, ni en las costumbres, ni en las ciencias, ni en las artes, y con mucha » mas razon en la Religion.... En todo hay verdadero y » falso, bien y mal, orden y desorden: bien y mal moral, » bien y mal filosófico, político, literario, oratorio, poético, etc., etc.; bien y mal en las leyes y en las artes, » en las costumbres y en los modales, en los procedimientos y en las opiniones, en la especulativa y en la » práctica¹. » Así el hombre en realidad no es indiferente sino respecto á lo que ignora, ó lo que no existe para él. Él está en relacion de amor ó de odio con todos los objetos de sus pensamientos, y á veces se aferra mas á sus opiniones que á su misma vida². De ahí ese deseo innato de que prevalezcan nuestras opiniones, aun sobre las cosas mas frívolas; de ahí ese encanto, esa afición al estudio, tanto mas viva cuanto el entendimiento está mas cultivado, y los conocimientos son mas extensos; de ahí las controversias en todas materias, ya sobre física, ya de moral, de teología y de gramática; de ahí las sectas y academias, las discordias públicas, los espectáculos, las pasiones que turban la sociedad y las virtudes que la conservan; de ahí en fin el espíritu de proselitismo, tan ridículamente echado en cara á los cristianos, y que se encuentra en todas partes donde quiera que haya una persuasión, lo mismo en las tertulias que en las cátedras, en la política que en la literatura, en las ciencias que en las costumbres, en la filosofía y en la Religion, con sola la diferencia que en la Religion es mas duradero y mas noble, porque encierra mas verdades, y verdades mas importantes.

Hablád á un labrador ocupado en cultivar la tierra de las leyes de la atracción que la contienen en su órbita; como son ininteligibles para él vuestros discursos, le dejarán indiferente sobre esas leyes de que le habláis, y él no conoce. Sin embargo, nadie por eso dirá que tales leyes son indiferentes en sí mismas, pues que de ellas

¹ Bonald, sobre la tolerancia de las opiniones: *el Espectador francés en el siglo XIX*, t. IV, pág. 69 y 71.

² La opinion suele preferirse á la vida, cuyo amor parece tan fuerte y natural.

pende el órden del universo: no lo serán en manera alguna para el astrónomo, que demuestra su existencia, calcula por ellas los fenómenos celestes, y no se cansa de contemplar su regularidad admirable y fecundidad prodigiosa.

Así es que el dominio de la indiferencia se estrecha y reduce á proporcion que la inteligencia se dilata y desenvuelve. Dios sobre ninguna cosa es indiferente, porque lo conoce todo: al contrario la materia es indiferente á todo, porque nada conoce. El hombre, colocado entre estos dos extremos, es mas ó menos indiferente segun que conoce mas ó menos; es decir, segun que se acerca mas á los seres puramente materiales, ó al Ser soberanamente inteligente: de donde nace que el materialismo conduce á la indiferencia especulativa, y por consiguiente al embrutecimiento, al paso que la Religion elevando al hombre hácia Dios, y familiarizándole con los pensamientos mas sublimes, y las doctrinas mas espirituales perfecciona infinitamente su inteligencia¹, y no le permite ser indiferente sobre nada de lo que esencialmente le interesa.

Es necesario recordar aquí nuestra degradacion primitiva, y la perpetua lucha de los sentidos contra el espíritu, que es consecuencia suya, para comprender como la Religion, en virtud de la perfeccion que exige de nosotros, y de la suya propia, viene á ser para muchos un objeto de odio, y en seguida de indiferencia. Como en ella (la Religion) todo es de rigorosa verdad, nada hay á sus ojos indiferente, ni en el dogma, ni en las costumbres, ni en el culto: por consiguiente no puede dejar al hombre libre para creer y obrar á su arbitrio; antes le obliga á someter su razon á la fe, sus apetitos á las obligaciones, su mismo cuerpo á las prácticas que le impone; y es claro que sujetando de esta suerte al hombre en todo, cansa y desespera sus pasiones. Estas, nunca rendidas, aun cuando obedecen, trabajan sin descansar por romper el yugo que sufren, á mas no poder, murmurando

¹ Es claro que únicamente se habla de la Religion verdadera; las otras no son mas que *opiniones*, y en lo que tienen de falso *opiniones perniciosas*.

do. El orgullo, *padre de la mentira*, y enemigo eterno de la autoridad, sugiere al espíritu una multitud de sofismas tanto mas seductores, cuanto mas lisonjean los deseos secretos del corazón. Estamos muy cerca de no reconocer una cosa por verdadera, cuando se nos figura tener interés en que sea falsa: poco á poco las preocupaciones se fortalecen y extienden; el ejemplo de otros nos arrastra, y casi siempre dominados, á pesar nuestro, por el principio de autoridad que combatimos, cada uno funda su convicción en la fingida convicción de otro. Tal es en compendio la historia de todas las rebeliones contra la verdad: se duda, porque otros dudan; se niega porque niegan y porque nos acomoda negar y dudar. Con todo, al momento se advierte la necesidad de llenar el vacío de las creencias ó símbolos que se desechan: se quiere todavía y necesariamente creer, porque el creer es natural al hombre, y este no se arroja sino por grados á la incredulidad. Así es que ansiosamente se abrazan las apariencias de verdad que se presentan, y nos adherimos á ellas con una especie de obstinación violenta, como quien se agarra á una tabla en un naufragio, y la persuasión ciega del error produce el fanatismo en el obrar. Mas cada error no tiene sino un tiempo determinado, y este breve; no pueden ellos estar de asiento en la casa de la razón; viven allí como si dijéramos bajo de tiendas, y forzosamente se pasa de uno á otro hasta haberlos andado todos. Entonces antes que volver á la verdad que se teme, nos armamos contra ella de la ignorancia, de la distracción y del olvido. Una voluntad perversa la arroja del entendimiento, y se la trata como á aquellos proscriptos á quienes no es posible convencer delante de la ley, pero que un tirano receloso y desconfiado hace desaparecer y destierra de la sociedad.

Cuando un pueblo llega á este estado de indiferencia absoluta hácia la verdad, su fin, no lo dudeis, está muy cercano: esta es la señal menos equívoca de la decrepitud de las naciones. En su indolencia apática se asemejan á un viejo que ha perdido hasta la memoria, y solo falta destruir en él algunos órganos gastados, cuya descomposición desagradable acaban de día en día las causas naturales. Objeto de compasión y fastidio aun para los niños, á quienes un noble instinto no los permite reconocer al

hombre donde no perciben ya pensamientos, se le ve arrastrar estúpidamente un resto de vida material, y sin deseos ni sentimientos sumergirse poco á poco en la muerte.

Sin duda depende de los gobiernos evitar ó prevenir esta disolución terrible, protegiendo las doctrinas vitales, fuente fecunda de la energía y vigor que notamos en ciertas sociedades, contra las pasiones que las combaten. La autoridad todo lo puede, así en el bien como en el mal, porque tanto en uno como en otro no se obra sobre los pueblos sino por la autoridad; y la autoridad general, cuando es lo que debe ser, prevalece siempre y necesariamente á las autoridades particulares que aspirasen á trastornar el orden, ó á viva fuerza, ó lo que es mas peligroso, con opiniones: y esta misma es la razón de la duración perpetua de la sociedad religiosa, cuya autoridad general, en virtud de un privilegio divino, está á cubierto de los errores y debilidades á que se halla sujeta la autoridad en la sociedad política. Pero por lo comun los gobiernos, lejos de poner un freno á la licencia y libertad de pensar, cuando es aun tiempo de contener sus progresos, los favorecen al menos con su ejemplo¹. Ellos son los primeros que no creen; y la irreligion nace de las autoridades ó de los que las rodean, y de allí viené á derramarse de uno en otro hasta las últimas clases de la nación. El pueblo mas adicto y firme en su creencia, porque tiene menos motivo para desear que sea falsa, resiste por largo tiempo á la influencia de las clases superiores. Defiende con su conciencia su fe, que ve atacada con sutilezas, y en lo íntimo de su corazón rodea con un muro sagrado sus esperanzas y consuelo. Pero si una vez llega á sucumbir; cuando á fuerza de corromperle se le ha hecho figurarse nuevos intereses; cuando los vicios mas feos y ver-

¹ Malherbes, ministro y encargado del juzgado de imprentas en Francia, hacia venir bajo su sobre las *pruebas de la nueva Eloisa*, que se imprimia entonces en Amsterdan, y hacia ejecutar otra en Francia por Rousseau: solicitó además á este para que imprimiese el *Emilio*, prometiéndole su protección; y en efecto, por medio de ella se hicieron dos ediciones de él, una en Holanda, y otra en París. ¡Quién le diria á Malherbes que á efecto de aquella desenfadada licencia habia de tener que abogar un dia por su buen Rey para librarle de la guillotina, sin poderle librar!

gonzosos vienen á formar sus costumbres habituales, sin que los remordimientos turben su sueño; cuando los premios y castigos de la otra vida ya le parecen preocupaciones de la niñez; en una palabra, cuando la Religion ha perdido para él sus terrores, é ignora igualmente los dogmas y los preceptos; cuando se rie con desprecio al solo oír el santo nombre de Dios, entoncés todo temblando me pregunto á mí mismo: ¿si queda algun medio en lo humano para reducir á este pueblo á la creencia de la verdad y á la práctica de la virtud? ¿si de unos seres tan degradados se puede todavía formar hombres? Y no sé en verdad que responder.

Por lo demás, es muy del caso notar que se deben excluir del número de los indiferentistas reales y verdaderos á muchos que aparentan serlo, porque no es tan fácil como se piensa, á no ser un insensato ó groseramente ignorante, que un hombre sea indiferente sobre la Religion, que por todas partes se le descubre, á cada instante se le presenta, la halla dentro y fuera de sí, y donde quiera hace su tormento ó su esperanza. Así es que ni aun para esa secta de filósofos que poco ha vimos trabajando con furor para abolir hasta su nombre, cerrando y demoliendo templos, y degollando sus ministros, la Religion no era ni es indiferente. Un odio, un odio implacable es el sentimiento que anima á estos apóstoles de la impiedad, cuyo ciego fanatismo sacrificaría la sociedad entera al triunfo de sus azarosos é infaustos principios. Ciertamente es necesario tener lástima de estos insensatos, y marcar con el sello del horror sus máximas; pero no pensemos curarlos con razones; han llegado á un exceso de delirio que corta, inutiliza é impide ya toda discusion: no se dirigen tampoco á hombres tan exaltados las reflexiones que vamos á hacer: la verdad para ser conocida pide un espíritu mas tranquilo, y sobre todo un corazón susceptible de abrirse á sus dulces impresiones.

Hay además otra clase de *indiferentistas*, que tampoco intentamos combatir; y lo son esos cristianos débiles, que seducidos por los deleites, distraídos por los negocios, o subyugados tal vez por los respetos humanos, se dejan llevar del torrente del siglo, alejan de su pensamiento, aunque sin ponerlas en duda, las verdades que

les incomodan, y en su consecuencia puede decirse que no pertenecen á la Religion sino por una fe estéril y débiles remordimientos. ¿Qué hemos de decir á estos desventurados? Ellos se condenan á sí mismos; su razon no se niega á confesion alguna: no está aquí la raíz de su mal. A estos no hay necesidad de convencerlos, sino de moverlos y atemorizarlos con la justa y funesta suerte que les amenaza. Lo que importa es introducir el terror en su conciencia aletargada, y despertarla con el formidable trueno de las venganzas de un Dios, cuya paciencia cansan, y cuya misericordia atormentan.

No es este ahora nuestro intento. En este *Ensayo* únicamente nos dirigimos á los indiferentistas por sistema, á esos filósofos indolentes, que, á fuerza de haber oido repetir que todas las religiones son indiferentes, las desprecian todas sin conocer ninguna, rehusan examinar si hay alguna verdadera, y aun tendrían á menos y se avergonzarian de pensar en ello; é imaginándose, sobre la fe ciega de una preocupacion absurda, que la suprema sabiduría consiste en no inquietarse por lo futuro, vegetan en un profundo olvido de la primera obligacion de una criatura racional, que es instruirse en cual es su fin, su origen y su destino. Entre estos lo que uno de ellos mira con indiferencia, á otro le parece de la mayor importancia, según las luces y conocimientos de cada uno: se puede asegurar que su indiferencia varia hasta lo infinito, y presenta tantos grados diferentes, cuantos son no solo los individuos, sino aun los grados de extension de su inteligencia, las combinaciones de pensamientos, y las situaciones posibles del alma en cada individuo.

Sin embargo, considerada, no en las personas sino en las doctrinas, se reduce á tres sistemas, en uno de los cuales es indispensable entrar luego que se sale de la verdad católica; porque esta no se puede impugnar sino negando, ó la autoridad de la Iglesia, ó la autoridad de Jesucristo, ó la autoridad de Dios: tres grandes destrucciones ó errores que constituyen la herejía, el deísmo y el ateísmo.

Dividiremos, pues, en tres clases los indiferentistas dogmáticos. La primera comprende aquellos que, no viendo en la Religion sino una institucion política, no la creen

necesaria sino para el pueblo : la segunda los que admiten la necesidad de una Religion para todos los hombres, pero desechan la Revelacion ; y la tercera, en fin, se compone de los indiferentistas mitigados ó moderados, que reconocen la necesidad de una Religion revelada, pero permiten negar las verdades que enseña, á excepcion de algunos artículos fundamentales.

Despues de algunas reflexiones sobre cada uno de estos sistemas, reflexiones que bastarán para demostrar su inconsecuencia y absurdos, haremos ver que en último resultado todos vienen á parar á un mismo término, á un mismo punto, á saber : en la indiferencia absoluta de la verdad en materia de Religion. Nos dedicaremos pues á combatir esta indiferencia monstruosa, echando abajo los únicos principios en que el raciocinio puede querer apoyarla ; de manera que todos los indiferentistas, cualquiera que sea la modificacion que cada uno de ellos quiera dar á la doctrina general de la indiferencia, se hallarán refutados á un tiempo por lo que diremos de esta doctrina, la cual probaremos es comun á todos ellos.

Con el mayor encarecimiento que podemos rogamos á las personas á quienes se dirige esta obra, alejen de sí al leerla todo espíritu de contencion y de partido. ¿ De qué serviría engañarnos á nosotros mismos ? La verdad no se destruye por obstinarse en no conocerla : ella no deja por eso de ser lo que es, y tarde ó temprano llegará su día. En este, ya acaso cerca de nosotros, y que no podremos evitar, será de poco consuelo la vanidad de haber resistido á su luz. Recibámosla pues con regocijo, venga de donde viniere. Honremos el entendimiento que se nos ha dado elevándole hasta la contemplacion de la verdad infinita é inmutable, que encierra en su seno nuestros intereses eternos. Nuestra perfeccion es conocerla, y nuestra dicha amarla. Criados para ella y para la inmortalidad, reflexionemos que la vida se nos huye, y se nos huye para siempre : elevemos mas alto nuestras miradas ; y como viajeros que solo por momentos transitamos por estas regiones extranjerias, no pongamos nuestro orgullo en persuadirnos que no tenemos patria.

CAPÍTULO II.

Reflexiones sobre el primer sistema de indiferencia, ó sea sobre la doctrina de los que, no viendo en la Religion mas que una institucion política, no la creen necesaria sino para el pueblo.

Se halla al lado de la cuna de todos los pueblos á la Religion, así como á la filosofía cerca de su sepulcro. « No » se ha fundado estado alguno, dice Rousseau, que no tuviese por base á la Religion¹. » Y cuando la filosofía quiso poco ha fundar un estado sin ella² se vió forzada á cimentarle sobre sus ruinas : estableció el poder sobre el derecho de trastornarle, la propiedad sobre la expoliacion, la seguridad personal sobre los intereses sanguinarios de la multitud, las leyes sobre sus caprichos. Este orden social filosófico ha existido algunos meses, y durante ellos la Europa ha visto acumularse en su seno mas calamidades y crímenes que cuantos presenta la historia de los diez siglos precedentes ; y si Dios no hubiera abreviado estos dias horrorosos, no sé si habria quedado vivo un solo hombre para recoger el fruto de la leccion mas terrible que jamás se ha dado sobre la tierra.

Digan lo que quieran algunos sofistas ; la experiencia ha hecho ver ya que no puede subsistir un pueblo de ateos³, pues sola la tentativa de substituir el ateismo á la

1 *Contrato social*, lib. iv, c. 8. — 2 En la revolucion francesa.

3 El ateísta Diderot, apreciador poco sospechoso de su propia doctrina, conviene en esto, y su confesion es de tanto mas peso, cuanto que está consignada en una correspondencia familiar, que, como se creia no habia de ver la luz pública, debe presentar mas fielmente que sus demás obras los verdaderos sentimientos del autor. Hé aquí sus palabras : « Se ha dicho alguna vez que un pueblo cristiano que » siguiese en un todo el espíritu del Evangelio no podria subsistir. » Con mas razon y con mas verdad se verificaria esto de un pueblo » filósofo, si fuese posible formar uno : este tal encontraria su ruina » al salir de la cuna en el vicio mismo de su constitucion. » *Correspondencia literaria, etc.*, por Grim. y Diderot, t. I, pág. 492.